



NUM. 17.

MADRID, 1.º DE SETIEMBRE DE 1859.

AÑO III.

## DE LA ESCULTURA EN ESPAÑA (1).

### II.



la ambición de gloria de Carlos I y á la severa política de su hijo, debieron el ser lanzados fuera de España, envueltos entre los gloriosos tercios castellanos, la mayor parte de sus hijos más ilustres. Nuestra dominación en casi toda Italia y en Alemania, aquellas guerras en que el valor español llegó tan allá como puede llegar la nación más belicosa, nos pusieron en contacto con otras civilizaciones, con otro arte. El poeta trajo y cuánto perdimos en ello!... la poesía culta, aquella poesía que se modelaba en Virgilio y Horacio; el pintor tomó de los italianos su dibujo, su color, su escuela, en fin, y de Flandes la verdad de la naturaleza, la verdad del colorido, y el escultor visitó á Florencia, la ciudad bien amada del artista, sorprendió en las obras de Miguel Angel el secreto de la antigüedad y todos volvieron á su patria á dejar en ella los preciosos frutos de su inspiración.

Apenas nace el siglo XVI, Berruguete, el primer artista español que alcanza fama universal, pasa á Italia, copia los sorprendentes cartones de la guerra de Pisa, con que el genio de Buonarrotti asombró aquel país venciendo á su competidor el célebre Vinci, y entregándose al estudio del antiguo, modela en cera en grande, el grupo de Laoconte, esa estatua en que el genio antiguo ha dejado una muestra desesperadora para el arte moderno.

Vuelve Berruguete á España, y en las esculturas del coro de la catedral de Toledo, es vencido por Felipe de Borgoña, español también, que más atento que el primero á la forma que al sentimiento, fue más artista,

(1) Véase el número anterior.

dió muestras de conocer mejor el natural que Berruguete que á su vez venció á su compañero en el sentimiento, en la idea, en la creación, en el genio en fin. Al mismo tiempo Froment, escultor valenciano, tan célebre en Aragón como Berruguete en Castilla, hace de alabastro el retablo de la catedral de Huesca, llenando los tres órdenes en que le dividió con tres historias de la pasión hechas en relieve entero y en talla los pedestales con bajo-relieves que fueron dignos de la admiración que levantaron.

Como arte eminentemente plástico, la escultura tiene que cuidar de la forma, porque el escultor necesita hacer ver al través de esta su pensamiento. Arte clásico por completo, no se presta como hemos dicho ya al desenvolvimiento de una idea infinita como la que contiene el cristianismo, gira en un estrecho círculo, y cuando quiere traspasarlo, solo le queda el bajo-relieve, en donde el estatuero puede muy bien vencer al pintor. Repetimos esto, porque tenemos que hablar de Becerra, el gran escultor español, á quien todos sus contemporáneos anteponen á Berruguete y á quien dicen venció, porque sus figuras eran compuestas de más carne, pues este último, á pesar de haber estudiado á Miguel Angel, fue demasiado seco en sus estatuas.

Sin disputa, Becerra y Alonso Cano fueron los dos más grandes escultores españoles; el primero, que estudió según se cree más generalmente con el pintor Jorge Vasari, pero que sin embargo extendió en nuestro país la escuela de Buonarrotti, y el segundo que sin salir de su patria perteneció á esa misma escuela, difundieron el buen gusto, y ejecutaron obras de un valor inapreciable.

Lucharon también sus antepasados con la arquitectura, que Covarrubias y Siloe, hijo, habían extendido como si el arte no tuviera ya demasiados obstáculos que vencer, los arquitectos que adoptaron para sus obras el sistema plateresco, ahogaron las esculturas en los infinitos y estrechos cuerpos en que dividían los retablos, resultando de esto que los bajo-relieves eran pequeños y que la confusión que resultaba del agrupamiento de muchas figuras en un espacio reducido, les robaba el efecto que quería prestarle el escultor y empuñaba á su vez el arte y el artista.

Cuando se tenga en cuenta que el arte que reinaba entonces era puramente religioso, se comprenderá cuánto daño haría á los escultores de aquellos tiempos semejante arquitectura, y de aquí tal vez que escultores como Berruguete, en cuyos tiempos sucedía esto, discípulos de Miguel Angel no siguiesen por completo la

escuela de aquel gran artista, porque para ello se necesitaba espacio y este se lo negaba el arquitecto.

Cuando Becerra volvió de Italia, pudo ya, perdido algún tanto el influjo de la arquitectura plateresca que había de caer ante la severa grandiosidad de la que introdujo Juan de Herrera, hacer estatuas de mayor tamaño, con mejor gusto, más espíritu y grandiosas formas, como dice Ceán Bermúdez.

Así las hizo Mon negro para el Escorial, estatuas colosales, como la de San Lorenzo, la de David, Salomon y otros, en que dió pruebas de su valer, compartiendo con los demás artistas que contribuyeron al enriquecimiento de aquel monumento imperecedero, la gloria de haber trabajado para él, bajo cuyos sombríos arcos, los más grandes genios habían depositado la mejor, la más querida de sus obras.

Becerra que en el retablo de la catedral de Astorga dejó las huellas de su genio poderoso, retablo que se juzga como el mejor de España, contribuyó de una manera activa al mejor desarrollo del arte en nuestro país. Pudo muy bien Alonso Cano, ser gran artista, y prestar á sus obras aquella energía, aquella vida, aquella grandiosidad de dibujo, cuya fuente estaba en Miguel Angel, pero sin Becerra que fuese á Italia, sin Becerra que adoptando el sistema de Buonarrotti diese el ejemplo en nuestra patria en donde no le fue posible darlo antes á Berruguete, le sería más costosa, tal vez entonces el sombrío racionero de Granada, necesitase hacer un viaje á Italia, para ver y estudiar el arte antiguo, y el del renacimiento.

Es indudable que durante los tres siglos que tuvo de vida, el reinado de la casa de Austria, el arte vivió poderoso en España. Artistas de gran valer, pero oscuros por su genio, por la poca importancia que muchas veces daban ellos mismos á sus obras, dejaban pasar sin ruido su existencia en los más oscuros rincones de provincia. Nicolás de Vergara, padre, labra el cancel de hierro y bronce que rodea el sepulcro del cardenal Jimenez de Cisneros, en Alcalá, y esculpe diez y seis bajo-relieves de un mérito no común, representando los principales pasajes de la vida de aquel ilustre político. Moure talla la sillería de coro de la catedral de Lugo, en cuya obra mostró tanta habilidad para el manejo del cincel como genio para la concepción de los asuntos, y Pablo de Céspedes, ese poeta, arquitecto y pintor escribe de escultura tan bien como la ejecuta.

Al mismo tiempo Gregorio Hernandez, uno de los más grandes y de los más modestos escultores de su

tiempo, corrige la dureza que solía notarse en las obras de los que seguían la escuela de Miguel Angel y funda una nueva. Aventajó á sus maestros, dice Cean Bermudez en la dulzura de la musculacion, en que casi todos seguían la escuela de Buonarotti, en el decoro de las actitudes, en la amabilidad de los semblantes, en los partidos y pliegues de los paños y en las otras partes del arte, sin dejar de haber dado grandiosidad á las formas. Estableció, pues, una escuela puramente española, y mas que nada puramente cristiana, porque la despoja de aquella traza que habia traído de Italia, en la cual se descubria al momento su origen pagano. Llamaron sus contemporáneos el escultor angélico, y bien hicieron en darle este nombre, de que su modestia jamás hizo aprecio, porque sus estatuas se distinguieron siempre por el velo de castidad que arrojó sobre ellas. Puede decirse de él, que unió á la pureza y al idealismo de las obras de los escultores de la edad media, la correccion y la dulzura de dibujo, lo airoso de los ropajes de la escuela del renacimiento, y la grandiosidad del asunto que los artistas de su época sabian prestar á sus obras.

Alonso Cano fue de los últimos escultores dignos de este nombre. Despues de él se cierra aquella brillante galería de escultores que enriquecieron el arte español, desde Juan Aleman el autor de las Marías, hasta los lastimosos tiempos en que la casa de Austria, parecida á un astro pronto á ocultarse, lanzaba sobre España sus mas tristes resplandores.

En el momento en que el débil Carlos II tomó las riendas del Estado, cuando su carácter irresoluto y el egoísmo de sus cortesanos convirtieron á España en una anciana á quien sus gloriosos recuerdos no bastaban ya á defenderla, porque su agonía no hacia pensar á las demás naciones en otra cosa que en recoger su herencia, el arte se replegó en sí mismo, volvió al retiro del claustro y no hizo mas que alargar su agonía. Lo que habia tenido comienzo bajo un reinado tan funesto para nuestra patria, se desarrolló durante la guerra de Sucesion, y cuando el primer Borbon se sentó en el trono español, acostumbrado á las grandezas de la corte de Luis XIV, se asustó de su soledad, é intentó plantar algunos árboles en tan triste como infecundo páramo.

Volvió el arte de nuevo, los escultores italianos vinieron ya que no á traernos aquel antiguo gusto de que hasta ellos mismos carecian, á lo menos á despertar en nuestra alma aquella fibra oculta que en las organizaciones privilegiadas responde siempre á las impresiones de las buenas obras de arte.

Felipe V quiso dotar á su nuevo país de artistas y ciertamente no fueron estériles sus deseos.

Pronto Felipe de Castro dió muestras á la Europa de que el genio artístico de España podia haberse ocultado, pero no desaparecer para siempre. Vencedor en los certámenes de la academia de Roma, recorre la Italia, y estudia, ve el arte antiguo y el del renacimiento, y su espíritu se llena de aquella exuberancia de genio que se nota en semejantes obras: artista infatigable, copia, estudia, admira y vuelve á su patria con un caudal de conocimientos artísticos como tal vez no poseyó ningun otro.

Abrense las puertas de la academia, y el rey piensa en levantar en la Granja un nuevo Versalles que hay que llenar de estatuas, de grupos, de fuentes que deben esconderse bajo las enramadas de los árboles á la admiracion de los curiosos.

Entonces fue cuando se vió el arte pagano en nuestro país, ó mejor dicho, fue cuando ese arte tuvo carta de ciudadanía en nuestra patria.

Castro no solo era el director de la nueva academia, sino el amigo, el protector, el que alentaba á la juventud para seguir el espinoso sendero del arte. Como artista rayó tan alto como el que mas en su tiempo, como maestro nos dejó á don Manuel Alvarez una de las mas grandes glorias de la escultura española. Bajo los protectores reinados de Fernando VI y Carlos III renacen las bellas artes en nuestra patria, la escultura tiene de nuevo sus dias de gloria, dias efimeros, fugaces. Alvarez que habia nacido bajo el cielo de España, envia desde Italia su grupo del sitio de Zaragoza, la inmortal ciudad que le habia visto nacer. Cuando esto pasaba, á los prósperos dias de los pasados reinados habian sucedido otros tristes y amargos, el arte habia desaparecido de nuestro suelo.

Nada queremos decir de este siglo, lo único que nos permitimos es desear para nuestra patria nuevos dias de gloria.

¡Que las sombras de Berruguete, de Borgoña, de Berra, de Cano, de Castro y de todos los grandes artistas que ha cobijado este suelo, le cubran de nuevo! ¡que el arte español llegue á donde llegó en otros dias de gloria!.....

MANUEL MURGUÍA.

## EL CARBONERO ALCALDE.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

A MI PAISANO TARRAGO.

I.

Otro dia narraremos los trágicos sucesos á que dió márgen la primera invasion francesa en la cien veces histórica ciudad de Guadix.

Hoy, con objeto solamente de determinar la época de la presente relacion y el estado á que habian llegado las cosas, nos contentaremos con indicar que ya era capitán general de Granada el *Excmo. señor conde Horacio Sebastiani*,—asi le nombraban los respetabilísimos afrancesados,—y gobernador de Guadix, el general *Godinot*, sucesor del coronel de dragones de caballería núm. 20, *Mr. Corvineau*, que la ocupara sin efusion de sangre el 16 de febrero de 1810.

Dominaban, pues, en Guadix hacia dos meses las tropas imperiales; y esta tierra clásica de discolos y guerrilleros se hallaba como una balsa de aceite: apenas se veía algun patriota ahorcado en los miradores de la plaza pública, y ya iban siendo menores en las filas francesas aquellas misteriosas bajas, ocasionadas, como todo el mundo sabe, por la manía en que dieron los accitanos ó guadigenos de zambullir en los pozos á sus invencibles alojados. La plebe empezaba á chapurrar el francés: ya sabia decir *didon* y remedar al cerdo con el *oui, oui* traspirenáico, lo que quiere decir que la asimilacion de invasores é invadidos adelantaba mucho, siendo de esperar que muy pronto se nos olvidase por acá que habíamos nacido españoles: ya bailaban nuestras abuelas con los oficiales vencedores en Marengo y Wagram, y aun habia ejemplos de que alguna de aquellas bellísimas *Torcuatas* de peina de teja y vestido de medio paso, hubiese mirado con buenos ojos (buenos habian de ser, siendo de construccion mozárabe) á este ó aquel *volteador*, dragon ó húsar, nacido en extranjeras aguas: ya los curiales estendian los documentos en papel del reinado de Fernando VII con esta nota: *Valga para el reinado del rey nuestro señor don José Napoleon I*; ya los gavachos hablaban andaluz en infinitivo y se habian merendado buenamente todos los bueyes de los labradores á falta de ternera; ya oían misa, fumando tranquilamente en sus pipas, los generales y gefes superiores franceses, posesionados del presbiterio de las iglesias; ya los jamones y espaldillas de todas las casas habian pasado á convertirse en rubios galos, por lo que no se extrañaba que gruñesen en vez de hablar; ya los frailes de San Agustín, San Diego, Santo Domingo y San Francisco, habian consumido el Santísimo Sacramento antes de abandonar sus conventos para que sirviesen de cuarteles; ya, en fin, era todo paz *varsovia*, oficial alegría y entusiasmo á prueba de bayoneta en la antigua corte de aquellos otros perros que reinaron en Guadix por la gracia de Alá y de su profeta Mahoma.

## II.

Pues hé aquí que por entonces se declaró en quiebra el matalero de Guadix. Carneros, vacas, ovejas, cabras, pavos, gallinas... ¡todo lo habian devorado aquellos ogros!

El pueblo, sóbrio siempre á fuer de morisco, seguia como de tiempo inmemorial alimentándose con vegetales; ¡pero el conquistador necesitaba carne!—En tal conflicto, recordó el general francés que el partido de Guadix se compone de muchos pueblos y que estos se hallaban aun por conquistar.—«Es necesario, dijo entonces á sus tropas, que las águilas del imperio se estendian por todas partes: desparrámaos por cuantas villas, lugares y cortijos comprende el territorio de mi mando: llevadles la buena nueva del advenimiento de José I al trono de San Fernando: tomad posesion de ellos en su nombre, y traedme á la vuelta cuanto ganado encontréis en sus corrales y rediles. ¡Viva el emperador!»—Y en virtud de esta orden del dia, salieron diez ó doce columnas, cada una de ciento á doscientos hombres, con direccion al marquesado de Cenet, á Gor, á los montes y á los pueblos situados á la falda septentrional de Sierra Nevada.

Entre estos últimos,—y hénos ya dentro del episodio que nos propusimos referir al coger hoy la pluma,—entre los pueblos que, indiferentes á los adelantos de la civilizacion, vegetan al pié del colosal y siempre nevado picacho de veleta, es renombrada en veinte leguas á la redonda, por el carácter de sus habitantes, por su aspecto, por el estado casi salvaje de las costumbres y por otras circunstancias que ya irán surgiendo de nuestra relacion, la antiquísima villa de *Lapeza*, célebre en la guerra contra los moriscos, y cuyo arruinado castillejo recuerda aun el nombre de su esforzado gobernador Bernardino de Villalta, terror de los secuaces de Aben-Humeya.

Era el dia 15 de abril de dicho año de 1810. La villa de Lapeza ofrecia un espectáculo tan risible como admirable, tan grotesco como imponente, tan ridículo como aterrador. Hallábanse cortadas todas sus avenidas por una muralla de troncos de encina y de otros árboles gigantescos, que la poblacion en masa bajaba del monte vecino, y con los que formaba pilas no muy fáciles de superar. Como la mayor parte de aquel vecindario se compone de carboneros, y el resto de leñadores y pastores, la operacion indicada se llevaba á cabo con una celeridad y una inteligencia verdaderamente asombrosas. Aquel recio muro de madera formaba un torreón formidable por la parte del camino de Guadix, y encima de este torreón habian colocado los lapezeños ¡admírense nuestros lectores! un enorme cañon, que consistia en un colosal tronco de encina ahuecado al fuego, ceñido con recias cuerdas y redobla los alambres y cargado

hasta la boca con diez libras de pólvora y una inmensidad de balas, piedras, hierro viejo y otros proyectiles por el estilo. Habíanse reunido ademas todas las armas existentes en el pueblo y en el monte, resultando disponibles unas doce escopetas; mas de veinte trabucos y pistolas, un cuchillo ó puñal por cada habitante, todas las navajas que se pudieran apeteer, varios montones de piedras de respetable calibre, todas las hondas necesarias para hacerlas volar y una verdadera selva de garrotes y porras de todos los gustos. En cuanto al ejército, constaria de unos doscientos hombres, á quienes damos este nombre por un exceso de filantropía, entre los cuales figuraba en primera línea, merecía especial mencion y dará una idea de los demás, el general de aquel ejército, el gobernador de aquella plaza, el alcalde de Lapeza, *Manuel Atienza*, en fin, que santa gloria haya.

Era la primera autoridad de la villa, un mortal de cuarenta y cinco á cincuenta años, alto como un aral, huesudo ó nudoso, que esta es la verdadera palabra, como un acerolo, y fuerte como una encina, aunque á decir verdad, su largo ejercicio de carbonero habiale requejado y ennegrecido de tal modo que, de parecer una encina, parecia una encina hecha carbon. Sus uñas eran pedernal; sus dientes caoba, pero con corteza; sus manos bronce pavonado por el sol, su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar; por la calidad y el color, el cerro de un jabalí: su pecho, que la camisa dejaba ver de hombro á hombro y del cuello hasta el estómago inclusive, parecia cubierto por una piel de caballo que se hubiese arrugado y endurecido á fuerza de estar sobre ascuas, y el cerdoso vello que poblaba su saliente esternon hallábase chamuscado así como sus largas y pobladas cejas. Esta última circunstancia sola, hubiera revelado á un inteligente que el señor alcalde era carbonero, ó *ranchero de la sierra*, como ellos se llaman, y que habia pasado toda su vida en medio de un incendio, como cuentan de Satanás. De sus ojos solo podemos decir que Manuel Atienza *veía*: no afirmaremos con tanta seguridad que *miraba*. La estupidez ingénita de su merced, unida á la malicia del mono y á la astucia del hombre experimentado, daba por resultado que el alcalde fijaba poco sus ojos en los de sus interlocutores, y si los fijaba, era de un modo tan receloso, tan avieso, tan solapado que parecia que aquellas pupilas miraban hácia dentro, ó que aquel hombre tenia otros dos ojos detrás de las orejas como las lagartijas. Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente desaparecia debajo de las avanzadas del pelo, que le caía hasta los ojos; su cara reucia como el cordoban curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenia ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña. En cuanto á su traje, consistia en unas albarcas de piel de toro, tomiza y parella, medias de lana, calzon corto, de paño burdo muy oscuro, chaqueta de lo mismo, chaleco celeste de raso rameado de amarillo, una canana de cuero en vez de faja, y una enorme montera, bajo cuyas vueltas sesteaba muy cómodamente toda su autoridad. A propósito de autoridad diremos, para concluir, que la vara de alcalde le llegaba al hombro, y que sus dos borlas negras, del tamaño de dos toronjas, denunciaban á tiro de bala á todo un hombre de orden.—Tal era el alcalde de Lapeza, y á su tenor to los sus subordinados: si alguien cree exagerada nuestra descripcion, una sola cosa le diremos: la raza de los lapezeños no ha degenerado ni se ha modificado con los años trascurridos. Id allá, y os asombrareis como nosotros de que en Europa y á mitad del siglo XIX existan todas las maravillas del Africa meridional.

## III.

Pero las obras de fortificacion están terminadas y el armamento hecho.

Atienza ha mandado á *Jacinto* que vaya á su casa por un tambor que sirve para las procesiones, para los toros y para pregonar los bandos.

Jacinto,—que, dicho sea entre paréntesis, ha muerto en el presente año de 1859,—acude ya tocando generala: ¡*A la formacion!* grita el síndico, persona muy perita en el arte militar, como que ha servido al señor rey don Carlos IV en clase de furriel de una compañía de cazadores.

Los doscientos lapezeños toman las armas y se forman en batalla en frente del Ayuntamiento.

Atienza empuña entonces una larga y negra espada antigua de ancha cazoleta y estensos gavilanes; cuelga á su canana una pistola de arzon; coge con la mano izquierda su vara de alcalde, ni mas ni menos que haria con su baston un mariscal de Francia, y seguido de un brillante Estado mayor, compuesto del alguacil, del pregonero ó *peon público* y del *Infrascrito*, que es como por antonomasia llama su mujer al fiel de fechos, pasa revista á sus formidables huestes, que le presentan las armas ó tiran la montera por alto.

—¡Viva el señor alcalde!—gritan ó ladran aquellos futuros héroes.

A lo que el alcalde replica:

—¡Viva Dios! ¡viva Lapeza! ¡viva la independencia española!

Y una vez cambiado este saludo de guerra, su merced ordena á Jacinto que toque un largo redoble, llama á su



ESPOSICION DE PINTURAS POR LA SOCIEDAD BARCELONESA DE AMIGOS DE LAS BELLAS ARTES.—REVISTA DEL AÑO 1859.

## I.

Gracias á la asociacion de este nombre, los artistas catalanes tienen anualmente oportunidad de manifestarse, dando al público el resultado de sus tareas. A beneficio de tan útil sociedad queda abierto un palenque así á la juventud estudiosa, como á los que tienen ya hecha su reputacion, aquellos para adquirirla y estos para cimentarla, no solo á impulsos de una emulacion benéfica, sino tambien bajo el aliciente del premio con que las mejores obras suelen salir favorecidas mediante un sorteo. En la revista del año anterior espusimos las ventajas de semejante pensamiento, por lo que no insistiremos sobre ellas, y si bien los resultados no han sido por ahora tan lisonjeros como convendria, efecto de causas puramente accidentales, no cabe negar que va creándose estímulo, y que el arte adquiere entre nosotros una vida que no tenia.

Desde mucho tiempo la ilustre Junta de Comercio, con un celo digno del mayor elogio y á costa de dispendios no escasos, sostuvo una academia de dibujo adonde concurrieron miles de alumnos, habiendo dado algunos buenos profesores; pero una institucion localizada, aislada sin homogeneidad artistica y abierta á todo concurrente con demasiada facilidad, no podia llenar su objeto de la manera cumplida que el progreso del arte requiere. A la falta de estímulo y de iniciativa en la direccion, agregábase la poca vocacion é inconstancia de los educandos, y como ni estos ni sus maestros se tomaban recíprocamente aquella aficion que engendra mancomunidad, con harta frecuencia los discípulos algo despejados emancipábanse prematuramente, quizá para consumir de un modo estéril sus facultades en los ahogos de una existencia precaria.

La centralizacion en este concepto ha sido un beneficio; merced á las buenas intenciones del gobierno, los estudios parciales se enlazan en organizacion colectiva; el profesorado depende de las academias, y los varios ramos de las bellas artes constituyen al fin otras tantas carreras de porvenir para nuestra juventud. Sin embargo, esta accion no basta por sí sola; las artes no pueden ser estimadas ni fomentadas sino se pule el gusto del público, y si á la par que se educa á los artistas, no se educa en cierto modo á las masas, popularizando las nociones de lo que es justo, digno y propio en materia de arte.

Hé aquí el objeto á que naturalmente conducen las exposiciones. Por ellas los talentos se ponen en roce y se paran; una noble rivalidad obliga á todos á desplegar sus recursos, el deseo del lauro á competir con sutileza de ingenio; admiranse, sin tal vez confesarlas, las buenas

cualidades de los cooautores, y cayendo en la cuenta de los propios yerros, adquiere una instruccion, por decirlo así, experimental, muchísimo mas provechosa que un estudio sistemático y que la enseñanza teórica ó que los ejercicios prácticos. En esta lidia no caben ilusiones ni tolerancias; la derrota suele ser tan recia y severa, como legítimo y espontáneo el triunfo; por suerte escarmientan tales desengaños, y aunque duras, semejantes correcciones no dejan de aprovechar.

de la primera, y gozándose en las mismas, acabará por hallarlas el gusto, hasta distinguirlas entre mil.

¿Y en qué, se nos preguntará, consisten las buenas condiciones de una obra pictórica? Por regla general, siendo el gusto intuitivo, y formando la naturaleza un registro siempre abierto del que proceden y al cual se contraen nuestras impresiones y percepciones sensibles, la pintura que se avenga á estas dos bases fundamentales, tendrá andado la mitad de su camino; mas diremos, sin otros méritos, rayará quizá, como ha rayado muchas veces, en obra maestra; ¿pero es este acaso el lauro que ha de llenar la ambicion del verdadero artista?

Convengamos buenamente en que la noble profesion de los Rafaeles y Peruginos seria un pobre juego de niños si debiera relegarse á la humilde condicion de una arte suitaria sin otra mira mas que producir vana complacencia ó liviano entretenimiento, constituyendo un mueble de lujo. No, mas alta es la mision de la pintura. Ya de antiguo se decia que ella es el libro de los iletrados, y ciertamente, para muchos á quienes el libro nada dice, la pintura habla con elocuencia, y el cuadro trasladando fielmente, por ejemplo, un suceso célebre, ejerce tanta ó mas impresion que el relato del mejor analista. Lo que este describe, el pintor representa á lo vivo, hiriendo á la vez la imaginacion y los ojos, haciendo tangibles en cierto modo los asuntos de que trata, con tales rasgos de conjunto y de detalle, que es indecible á la par que indeleble el efecto por ellos producido.

¿Cuántas mas cosas no dice una pintura que un libro! ¡cuánto mas enérgica, y caracterizada, y completa, á la par que mas activa es su enseñanza! El libro espone sucesos, describe situaciones, analiza caracteres; pero el cuadro, en accion compleja, presenta el hecho mismo y sus actores, la escena con su colorido local y de circunstancias, la situacion con el mirage mas probable de su realidad, abarcando á un tiempo hombres

y hechos, épocas y costumbres, arquitectura, trajes, muebles, utensilios, accesorios y accidentes de todo linaje. Pero eso aun es nada al lado de lo que llamamos estética, parte la mas noble de una composicion, y objeto primordial de las atenciones de un autor, cuyo talento y personalidad se traducen por ella, á saber, la expresion y el sentimiento, la conveniente interpretacion de afectos y de pasiones, el alma en las fisonomias, la viveza en los ademanes, el juego exacto y ajustado de los varios extremos componentes, bajo una exposicion preconcebida, que á fuer de verdadero drama ó de natural escena, desarrolle el asunto con todo su carácter, con el oportuno relieve, de modo que cada pormenor concurre al fin comun, ocupe su lugar, sin que lo principal ahogue los accesorios, al paso que estos cooperen al mayor realce de lo principal.

Pertenece asimismo á la estética aquella parte de idealidad, el *quilibet audendi* que toda pintura, por caracte-



EL PAN NUESTRO DANOSLE HOY....

CUADRO POR DON JOSÉ SERRA.—(ESPOSICION DE PINTURAS EN BARCELONA).

Las exposiciones educan tambien al público. No hay duda que el buen gusto se forma viendo y comparando muchas obras, siguiendo sus progresos, y familiarizándose con las mas perfectas. Y es que la pintura tiene una ventaja sobre otros conocimientos; su objetividad á todos alcanza; un cuadro habla á cuantos tienen vista, y al simple aspecto cualquiera percibe sus bellezas. Podrá el espectador hacerse de ellas mas ó menos capaz, apreciarlas con mas ó menos exactitud, pero las sentirá siempre, porque la facultad comprensiva y comparativa es comun á las inteligencias, y cualquier espectador por rudo que sea, procede en su examen de dos puntos seguros de partida, su propio gusto y la prenoción de las cosas reales. El paladar que se acostumbra á manjares sabrosos, va haciéndose delicado. Ofreced á la persona mas ignorante una cosa buena al lado de otra mala, y probablemente no se equivocará en la eleccion; sin darse razon de ello, sentirá atraído por las buenas condiciones

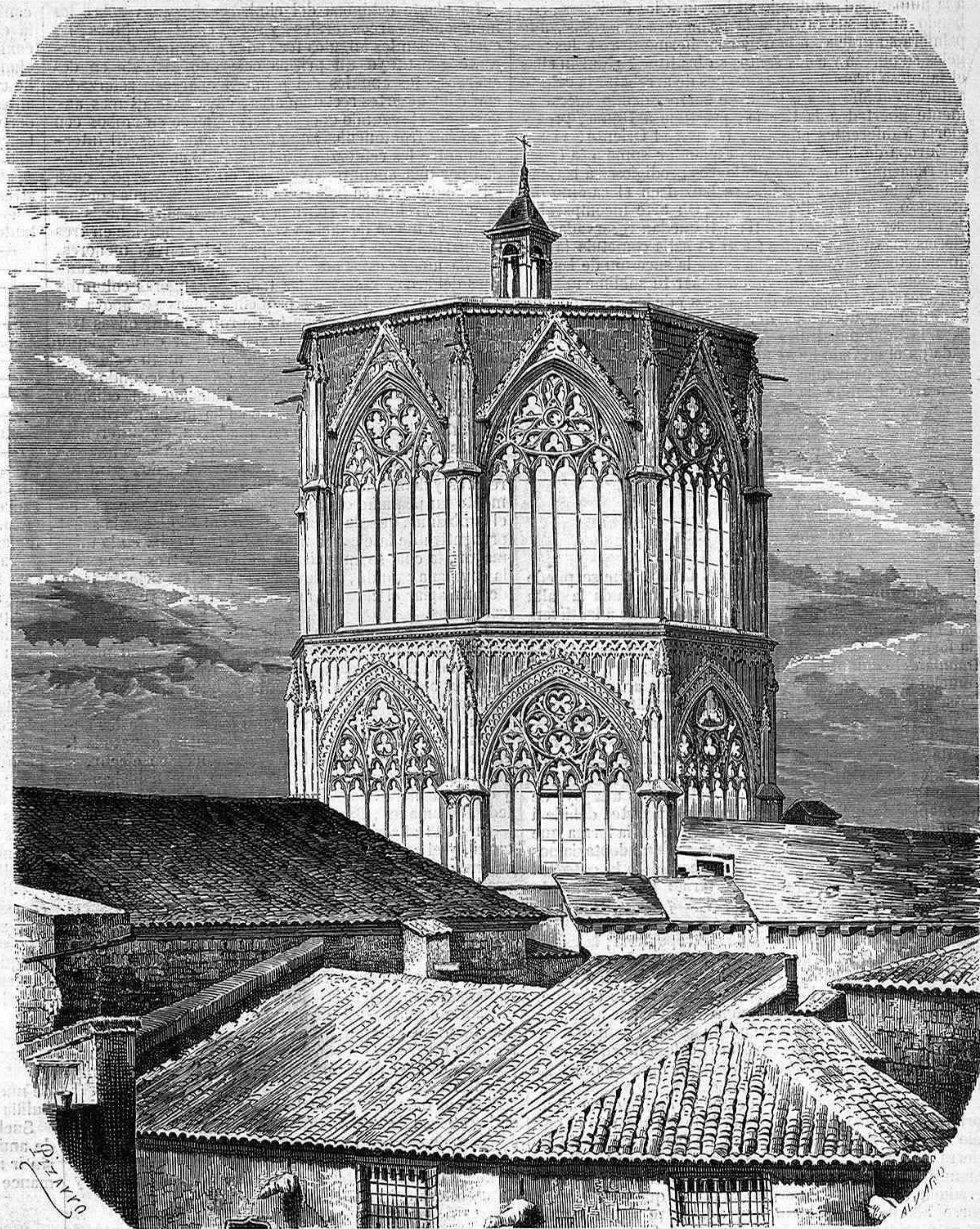
terizada que sea, necesita para cernirse sobre la esfera de lo vulgar y elevarse á tipo, insinuando en cierto modo el órden de impresiones que el artista debe proponerse escitar con sus obras. Tales verdaderamente la mision de la pintura. Como operacion del hombre, es una de las mas distinguidas, y ella precisamente careceria de significado cuando todas se enderezan á un fin útil? Y si la pintura ó la imágen no han de reducirse á una vana futilidad, necesario es que entrañen alguna tendencia, un ejemplo, una doctrina. ¿A qué representar imágenes, si por ellas no hemos de elevar nuestro espíritu á la contemplacion de las cosas divinas? ¿á qué reproducir grandes hombres ó sucesos pasados, si esta exhumacion no ha de escitar en los presentes, amor ú odio, admiracion ó respeto, sentimientos dignos, sublimes ideas, entusiastas aspiraciones? ¿Qué valdria la historia sin las deducciones á que ella da márgen? Hasta la amena literatura suele propender á un resultado moral, y la modesta ornamentaria, las simples decoraciones de circunstancias, envuelven alegorías y simbolos cuyo destino es moralizar é instruir, ofreciendo á las veces anuncios y señales, ejemplos y memorias. ¿Quién no se sobrecoge mas ó menos viendo la grave imágen que vela en el ingreso del santuario; el ojo del divino triángulo que descuella en el luneto de alta bóveda; la mano de justicia abierta sobre la tribuna de los jueces; la mortal guadaña grabada sobre una losa; la palma sostenida por la mano del mártir; la corona ceñida á la sien de la vírgen; el laurel departido á los héroes de la tierra? En una iglesia todo respira santidad y misterio; en un palacio campea la alteza y la magestad; un establecimiento militar, solo ofrece atributos guerreros; una lonja los ostenta mercantiles; un teatro es todo elegancia; un jardin todo recreo. Do quiera el arte, realzando los efectos naturales, les imprime un desarrollo útil, ya por medio de la esfigie ó del emblema, ya por ciertas indicaciones de convencion que se relacionan con los principios abstractos de la belleza y armonía universal, cuya fórmula estriba en lo que denominamos nobleza, proporcion, correccion, regularidad, etc., etc.

Aquí vendrian al caso dos palabras sobre el contrasentido de los querechazan por idolátricas ó inútiles las representaciones figurativas ó la interpretacion plástica de algunos mitos, especialmente religiosos, que no obstante, en toda época y entre la mayoría de los pueblos se consideraron siempre poderoso auxiliar para la difusion de las creencias. El hombre, ¿no es material y no obedece á los sentidos? ¿Qué tiene, pues, de extraño que materialice en algun modo los objetos de sus abstracciones, para elevarse por su contemplacion, toda vez que la vista de las cosas finitas y materiales nos eleva á la consideracion de lo infinito? ¿Acaso una persona ilustrada podrá caer en la estupidez de los adoradores del becerro de oro? Sin embargo, á esa misma persona ilustrada, la contemplacion de la imágen ó del mito no deberá forzosamente impresionarle, inspirándole ideas que sin ella no le ocurririan? Lo bueno es que esos modernos iconoclastas, menos lógicos sobre el particular que los musulmanes, si bien repudian las sagradas

imágenes, acogen muy bien las de toda otra clase. Si nada significan las unas, ¿por qué no suprimirlas todas? Y si á las segundas se reconoce algun valor, ¿por qué no

admitir las primeras, siquiera en lo que simbolizan? Prescindiendo de las creencias, las artes van á ganar mucho con ello, y cuenta que las artes han sido y serán siempre vehementes estímulos para el humano ingenio, fecundos incentivos de la industria, y poderoso elemento de riqueza para las naciones.

Hoy dia que domina en todo un espíritu de práctica, es extraño que siga privando semejante equivocacion, pero de seguro no son artistas los que la sostienen, ó á lo menos no comprenden las legítimas tendencias del arte. ¿Pues qué, el hombre tan dominado por las influencias exteriores, no ha de hallar un manantial inagotable de impulsos en esas creaciones asombrosas, producto de un alma libre, que desde la humilde haz de nuestro globo se remonta allende las nubes, desciende á la profundidad de los abismos, descubre los velos de lo pasado, penetra las sombras del porvenir, adivina los arcanos de lo existente, todo ello sembrando la vida de poesia y de flores, dorando nuestros ensueños, afirmando nuestras convicciones, alentando nuestras esperanzas, estableciendo por fin dulces vínculos de amor entre el Criador y la criatura? ¿No son las artes, las que evocan como por virtud mágica tipos los mas encantadores, sombras las mas risueñas, las que matan los instintos groseros, depuran las inclinaciones ruines, estimulan los nobles sentimientos y ennoblecen



CIMBORIO DE LA CATEDRAL DE VALENCIA.



UN CAPRICHO DE ALENZA.

á la humanidad, quitando su horror á los desiertos, robando al sol sus rayos, á la primavera sus rosas, á la palmera su gracia, á la mujer su hermosura, á los ángeles su pureza y á los santos su beatitud? ¿No son ellas el fabuloso Prometeo que despues de arrebatara la celeste antorcha animó una estatua de barro, dando sucesivamente libertad á la Grecia, prestigio á Roma, prez y gloria á diferentes pueblos, tesoros al Oriente, vida á la Europa de la edad media, esplendor sumo á la época del renacimiento, y hoy dia logros prodigiosos á las naciones que mas adelantadas se hallan en el camino del progreso y de la civilizacion?... ¡Oh arte incomparable de Fidias y de Apeles! ¡á tí, á tí quedan reservadas las glorias mas permanentes; á tí se halla cometida la influencia mas elevada y digna sobre la sucesion de las generaciones! ¡Corre impávida á llenar tu sublime mision, al través de los imperios derrocados y de los principios en desórden, y no dudes del triunfo, pues no brillarán para la humanidad dias felices hasta que tú te veas alzada en el elevado lugar que te corresponde!...

De estos principios haremos la debida aplicacion en otro artículo inmediato.

J. PUIGGARI.

## VALENCIA.

### CIMBORIO DE LA CATEDRAL.

El principal defecto, si ya no el único, que se puede censurar á la catedral de Valencia, es sin duda la falta de unidad. Defecto disculpable, si se atiende á las diversas épocas que estamparon en ella sus huellas, dándole la forma predominante en el gusto, sin atender á la armonía del conjunto, si ya es que no entró en ello por mucho el amor propio y vanidad de los artistas que la crearon, como si tratasen de hacer resaltar el mérito propio por medio de un saliente contraste con lo ya existente, ó como si temiesen que la unidad eclipsase el brillo de sus concepciones posteriores, fundiéndolas con los trabajos de los que les precedieron.

De todos modos la catedral de Valencia es una joya de diamantes de gran valor, pero cuyo engaste, debido á diferentes artífices, carece de la belleza de la forma que recomienda á otras. Por esta razon nunca adoptariamos por tema de un elogio absoluto y completo la *catedral de Valencia*; al paso que se prestarian magníficamente á él las *puertas de la catedral*, el *Miquelete*, el *cimborio*, etc.

El cimborio, sí; el dige de la metropolitana; la esbelta y graciosa cúpula gótica, que desenvuelve con coquetería los ocho lados de su prisma á los ocho puntos de la rosa náutica, y bajo la bóveda azul del cielo edetano. Hija mimada del sombrío Miquelete, el cual se alza á su lado gigantesco é inmóvil como su guarda y protector contra los embates de la atmósfera, celosa de su belleza, que no tiene rival entre las bellezas que descuellan sobre los orientales terrados de la ciudad.

El cimborio ó cúpula de la catedral de Valencia tuvo principio en 1404, mientras á su lado iba sacando el genio de Juan Frank el Miquelete de las entrañas de la tierra, para que reinase gloriosamente sobre todos los monumentos de la ciudad. Aquí nos permitiremos reproducir lo que calificamos de fábula, y que no obstante corre admitido en el vulgo y aun entre muchos que no se consideran vulgo; pero que en definitiva, sea ó no cierto, sugiere una idea de lo atrevido de la obra. Anda pues muy valida la creencia de que el arquitecto del cimborio, terminado que fue, y á punto de des-embrazarlo de las cimbrias y andamiage, no muy seguro de la solidez de su obra se ocultó prudentemente, y no abandonó su retiro hasta que supo que habia resistido á la prueba decisiva, y que se sostenia sin apoyo aquella masa sólida y de tan extraordinaria presión, aunque elegante y aérea. La referida anécdota, á no ser cierta, pudo ser inventada algunos años despues, cuando á consecuencia de haber flaqueado uno de los cuatro estribos, comprometió la seguridad de este notable monumento, y fue necesario apelar á todos los recursos del arte, y á la habilidad de los arquitectos para devolverle la solidez y firmeza, que desde entonces ha conservado.

El cimborio se eleva en el centro del crucero, apoyado sobre magníficos arcos torales, formando un cuerpo diáfano y trasparente, el cual esparce en el interior la templada luz tamizada por las hojas de alabastro que lo cierran, y han sustituido sin duda á los pintados cristales que en sus principios debieron llenar los vacíos. Su estilo románico contaba ya entonces algunos modelos, porque antes del siglo XV ya se habia adoptado en algunas catedrales de Italia y Alemania, como las de Parma, Worms, Spira y otras. Pero la cúpula de Valencia adquirió por su combinacion con el estilo ojival, un mérito y elegancia de que carecen las espesadas; porque no abundando tanto en el siglo XII los medios de construccion como en los siguientes, los artistas de aquel no pudieron hacer alarde de esos golpes atrevidos, que con frecuencia advertimos en épocas posteriores. Asi es que pueden calificarse de tímidos ensayos las indicadas obras, si se comparan con la que nos ocupa.

La planta octógona del cimborio descansa sobre los mencionados arcos torales, y sobre cuatro pechinas, las cuales roban los ángulos formados por aquellos. El conjunto constituye un prisma octógono dividido en dos cuerpos: los ángulos del primero aparecen reforzados con contrafuertes rectangulares, cuya base es mas angosta en el segundo cuerpo, coronándose en ambos con graciosos frontoncillos, que forman pináculos. El intervalo entre los refuerzos queda ocupado en su casi totalidad por una anchurosa ventana en cada cuerpo, cuya ojiva equilátera se halla sencillamente decorada por una pequeña archivolta, sobre la cual se deslizan hojas de cardo. El hueco de dichas ventanas se subdivide en tres compartimientos principales por otras ojivas menores, y cada una de estas por otras dos situadas en los arranques del arco, y sostenidas todas por ligeras columnitas. Sobre esta línea de pequeñas ojivas se apoya un adorno traslorado compuesto de rosetones ú ojivas trilobuladas, y teniendo cada ventana por coronamiento unas gobletas. En el primer cuerpo el muro está sostenido por arcaturras simuladas, y sobre el segundo corre una estrecha cornisa como terminacion del edificio. Uno de los contrafuertes de que se ha hecho mérito, se presenta á la vista mas desarrollado en circunferencia que los demás. En su interior se halla practicada una escalera, que conduce á la plataforma ó tejado, para los reparos y demás urgencias. Sirve de remate al monumento un pequeño casillero, dentro del cual se cierne el cimbalillo, que da al campanero del Miquelete la señal preventiva de la elevacion de la hostia y cáliz en la misa mayor, la cual se anuncia al pueblo con tres golpes de la campana grande, y tambien para advertirle la hora de principiar el coro, y anunciarla él á su vez con las campanas.

La vista se complace realmente al contemplar por fuera aquella ligera y hermosa construccion tan propia y adaptada á su objeto; porque en efecto aquel cuerpo de luces apenas opone obstáculo á que penetren en el interior.

En este con dificultad se notan los pilares de los ángulos; y por de fuera las ventanas ocupan casi toda la estension del muro. ¿Cuál no sería su mágico efecto, si existiesen aun los pintados vidrios de que hablábamos, y que embellecen hoy dia las catedrales de Segovia, Toledo, Salamanca, Barcelona y tantas otras?

En 1723 el arzobispo don Andrés de Orbe y Larrea-tagui, y el cabildo de la metropolitana promovieron la reforma total del interior del cimborio. Y á despecho de sus buenos deseos hubieron de pasar el tributo indispensable á las ideas artísticas entonces en boga; de suerte que con toda la esplendidez de que dieron muestra, y de que la simple inspeccion de la obra es un evidente testimonio, solo se logró destigurarla lastimosamente, revistiéndola de columnas, cornisas, y archivoltas grecoromanas, que dejan la ojiva mas peraltada que ellas, elevándose mas. Este crimen de lesa unidad, se hace mas flagrante, porque interrumpe el efecto de los traslorados huecos de las ventanas, y hace chocante contraposicion con los delgados aristones sobre que descansa la plataforma superior.

Mas con todos estos defectos, lo repetimos, el cimborio de la catedral de Valencia no dejará nunca de ser un dige preciado de arquitectura gótica, una página instructiva para la historia del arte, y su reproduccion un grabado digno de figurar con honor en el estante del aficionado y en la cartera del artista.

PASCUAL PEREZ.

## CARTA DE UN AMIGO VIVO

Á UN AMIGO MUERTO.—1858.

Mi querido P.—No creas que te he olvidado, ni menos pensarlo; soy amigo de mis amigos, y tú; mas que amigo, has sido para mí un hermano de quien, hasta el momento de esta tu primera ausencia, apenas me habia separado yo un dia en catorce años; así es que desde que te llamaron y te fuiste, creo que me falta algo, y sin embargo, no se me quita tu sombra de encima. Sabe pues, que me he acordado de tí una y mil veces; pero ignoro á estas fechas si han llegado á tí mis recuerdos; acaso no, y si es así, no acierto á explicarme la causa, porque el camino á esa es corto, y como la palma de la mano de fácil: no parece sino que distamos mil leguas, cuando en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, podríamos vernos ó saber el uno del otro. Pero los males de una ausencia, por breve que sea, como lo es la tuya, entre personas que se aman, son incalculables: que la esposa (si uno la tiene) llora á lágrima viva, y grita hasta perder el juicio... que la madre anciana (si vive) clama tanto al cielo que parece que le arrancan las entrañas á pedazos... que los hijos... «¡Miseria condicion humana! (esclama aquí un *esprit fort*, conocido mio). ¡Como si uno hubiese nacido para permanecer pegado siempre á los suyos!» Tiene razon; vamos, es cosa de no poder salir uno ni siquiera adonde tú estás, es decir, á la *puerta de casa*, sin que la familia se alarme, y sin que la lleven un sentido por el viaje. ¿Qué viaje no hay costoso?

Tú estarás descansado, para eso nos dejaste: yo sigo así, así; nunca le faltan á uno sus trabajillos; pero hay

conformidad, á Dios gracias, y vamos tirando; me echo la cuenta, y hasta he logrado persuadirme de que la conformidad es oro, y soy rico, soy opulento, y mas ahora que disimulan mi pobreza el galan nuevo que me he echado, y el andar limpito y cosido como andabas tú antes de tu partida. ¡Oh! entonces daban ganas de saludarte; estabas ya en camino de parecer persona decente, y hasta cualquier mentecato se hubiera dignado presumir que tenias talento.

¡Ah! antes que se me olvide. Elisa me preguntó dias atrás:

—Papá ¿cómo no viene aquel señor que me queria tanto?

—¿Quién?

—Aquel que me dió caramelos estando yo malita.

—Hija mia... no está en Madrid.

—Pues ¿dónde está?

—En el cielo.

—¿Se ha muerto?

—Sí.

—¿Qué es morir?

—Para los buenos, morir es nacer.

—¿Dices que está allá arriba, arriba, detrás de aquellas nubes?

—Sí, hija mia.

—¿Cuándo me llevas al cielo? ¿No es allí donde están los angelitos, y la Virgen, y San José con la vara de azucenas, como lo he visto en la iglesia? Yo quisiera ir al cielo. ¿Dice la mamá que hay allí unas muñecas tan lindas!

Ya sabes que Elisa se ha criado delicada como una de esas florecillas de los jardines, que apenas resisten una ráfaga de viento. Sus palabras, pronunciadas con el candor propio de una criatura de cuatro años, llenaron de melancolía mi alma; y yo, que pocas veces lloro ya, sin duda porque he llorado mucho, sentí que las lágrimas se agolpaban á mis ojos. Aquellas palabras tenian un no sé qué de profético que me asustaba.

Algunos dias despues Elisa cayó enferma: bañó su rostro de ángel la palidez mate de los niños muertos; la luz risueña de sus ojos negros se fue apagando poco á poco, como el centelleo de las estrellas al asomar el alba; su cabellera rubia y suave como un copo de lino rastrillado, se puso lacia y áspera como un ramillete de flores cuando les falta el jugo y la frescura de la tierra; y sus labios descoloridos, como los pétalos de una rosa arrancada antes de sazón, parecía que murmuraban aquellas tristes palabras: *yo quisiera ir al cielo*.

¡Si la vieses ahora! Es la alegría de la casa. ¡Y qué charlar de criatura! Ni una cotorra. No cesa desde que Dios amanece, hasta despues de acostarse. Su boca es un piquito de oro. Todo lo que oye lo aprende al punto; y aunque yo no quiero que aprenda nada hasta que se desarrolle su naturaleza y pasen algunos años, ya sabe aquello de

¡Y dejas, Pastor Santo,  
tu grey en este valle, hondo, oscuro,  
con soledad y llanto, etc...

de nuestro divino poeta fray Luis de Leon, y tal cual fábulla que, si se la oyeras, te la comerias á besos.

Suele tambien decir coplas que oye á la criada, grande amiga suya, y con quien hace buenas migas. Ayer sin ir mas lejos, me recitó el trozo siguiente de un romance popular, que siento no saber entero.

Entre sus brazos llevaba

á Jesus de Nazaret;

los calores eran muchos

y el niño tenia sed.

—No pidas agua, mi niño,

no pidas agua, mi bien,

que los rios bajan turbios

y no se pueden beber.

En el huerto de San Pablo

hay un rico naranjel;

un pobre ciego lo guarda,

un ciego que nada ve.

—Dáme, ciego una naranja

para el niño entretener.

—Coja, cójala, señora,

coja lo que es menester.

Ella coje de una en una

y flores de tres en tres;

cuantas mas el niño come,

mas volvan á nacer.

Ya se marchó la señora,

el ciego empezaba á ver.

—¿Quién es aquella señora

que á mí me ha hecho tanto bien?

—La Virgen María ha sido,

que otra no ha podido ser.

¿No es verdad que los padres somos lo mas pelmazo del mundo? Es el cuento de nunca acabar, cuando nos ponemos á referir las *gracias* de nuestros hijos, fastidiosos á los estraños, á hablar de nuestra casa, de nuestra familia, de las dulzuras del hogar doméstico, y de esas mil pequeñeces que constituyen acaso, y sin acaso, la única, la verdadera alegría y la felicidad verdadera que existen en la tierra.

Otro olvido; este no tiene perdon de Dios. P\*\* está inconsolable con tu ausencia. Un poeta la compararia á

una tórtola, que desde su nido solitario y frío llama á todas horas con sordos arrullos á su amado, que no ha de volver. La pobre muchacha no acierta á enjugar sus lágrimas, ni hace otra cosa que oír misas y más misas, y rezar rosarios y más rosarios, oraciones y más oraciones por el descanso de tu alma. Algunas amigas suelen decirle:

—Pero hija, no sea usted niña; usted se está quitando la vida, y eso no lo agradece Dios, ni el diablo; son cosas del mundo; hoy por tí, mañana por mí; hágase usted superior á la desgracia; si se logra lo que usted sabe, lo pasará como una princesa, puede estar á boca qué quieres, y como dice el refrán, *los duelos con pan son menos*.

A lo cual ella contesta:

—Y yo ¿qué falta hago en el mundo? ¿Si yo estaba tan contenta, y era tan feliz á su lado?

No hay quien haga vida de ella, amigo. Dicen que es incorregible, y no se engañan. ¡Vaya si tienen razón! No se comprende como hay criaturas capaces de tener por espacio de más de ocho días memoria, y sensibilidad y lágrimas!

Esta desventurada no se contenta con devorar á solas su aflicción, sino que, á veces, se atreve á comunicárnosla á sus amigos. Lo que dicen las vecinas:

—Hija, busque usted distracciones; aleje de su vista los objetos que le recuerden la pérdida de su esposo. ¿Por qué no sale usted á paseo, donde haya gente? ¿Por qué no va usted al teatro alguna que otra noche, de tapadillo?...

Pero ella erre que erre en su manía de creer que hay dolores que no se apagan en ocho días, y que no debemos avergonzarnos de ellos. ¡Preocupaciones! ¡Ideas del tiempo de Maricastañas! Y por otra parte ¿qué hemos perdido? ¿Quién eras tú, para que nadie te llorase, ni rodeara de pompa tu féretro? ¿Habías, sido por ventura, banquero tramposo é insolente, noble sin nobleza ganada, bribon solapado, político intrigante y afortunado, avaro sin alma, ó siquiera gobernante concusionario é inepto? ¿Qué fuiste más que un hombre de bien, un ciudadano útil á su patria, un tierno esposo, un hijo excelente y un modelo de amigos? ¿Y hay nada más frecuente que el que una esposa se quede sin esposo, una madre sin hijos, un hermano sin hermanos, y un amigo sin amigos? Como de estas cosas se ven todos los días, y aquellos estremos, aquellos sentimientos solo se usan ya entre gente así... de poco más ó menos. ¿Qué es, pues, lo que ha perdido ella?

Y á propósito de sentimientos. ¡Lástima que nos dejasen sin venir una vez siquiera á la sala de Cruzada Villaamil (1)! Esta sala es una especie de isla en medio del océano de la corte, un oasis en el desierto, un bosque sagrado y escondido á las miradas y profanaciones del vulgo, adonde acuden á refugiarse para conservar el culto del arte divino esos pobres párias del siglo, conocidos con el nombre de poetas, como los primeros cristianos se encerraban en las catacumbas de Roma para mantener viva la religión del Crucificado.

Estas reuniones, ya célebres, son consideradas por algunos bobos como un anacronismo de nuestra época, enemiga acérrima, según ellos, de la poesía; por otros como una escuela de párvulos inocentes, aunque barbados los mas, que vienen á dar su lección y se retiran después tan satisfechos á sus casas; y los que mas favor las hacen, las miran pura y simplemente como un pasatiempo inútil. Como en todas las religiones hay renegados, no faltan en la del arte, y estos suelen ser los que mas se ceban en murmurar de ella.

Verdaderamente es un espectáculo extraño el que aquí presentamos á los ojos del mundo. ¡Figúrate si pueden concebirse asuntos mas frívolos que los que nos ocupan en la sala de Cruzada! Muere un hermano nuestro, muere un poeta, y algunos de los que se llaman amigos y protectores suyos, ponen la cara mas compungida que uno puede imaginarse, y esclaman:

—¿Qué lástima de muchacho!

—¿Qué talento tenía!

—¿Si en España se protegiera el mérito, otro gallo le hubiera cantado!

—¿Recuerda V. aquella magnífica oda á...? (y se cita la oda).

—¿Pues y sus romances á...? (y se citan los romances).

—¿Pues y su elegía á...? (y se cita la elegía).

Y pare V. de contar: esos *amigotes*, esos admiradores *sinceros* encienden luego un cigarro, se atusan el pelo, giran á derecha é izquierda, y aquí paz y después gloria.

*Que haya un cadáver mas ¿qué importa al mundo?*

Entonces los párvulos (advertiendo que muchos de ellos no conocen al difunto) acuden presurosos á la escuela, y al saber lo ocurrido desperdician un par de horas en oír la historia de los increíbles infortunios y algunos himnos á las virtudes y al genio del finado, y no son hombres para hacer un gesto, una exclamación siquiera, contentándose con callar como unos tontos, y derramar lágrimas, y comprar una lápida para la tumba de su compañero, y dar un pedazo de pan á su familia desamparada, y nombrar á unos cuantos para pedir al

Estado que proteja la gloria del muerto contra el olvido, y á la reina que proteja á la familia contra la miseria, y.... después de todo esto, se van á la cama, y hasta otro día que inventen otra simpleza por el estilo.

¡Ocurrencias como la de esta gente!

Oye otra. Viene una noche Pepe Castro, y dice:

—«Señores: se trata de formar un *Romancero*; es un tributo de admiración de la literatura actual á esas viejas generaciones de poetas y de artistas, á quienes la patria debe sus grandezas y sus glorias mas legítimas y mas puras. Conque, ea, ¡fuera pereza! ¡manos á la obra! haga cada cual lo que sepa y buenamente pueda, y tráigalo cuanto antes.» Y cádate que á los quince días acude cada uno de nosotros con su piedra ó con su grano de arena para erigir esa especie de panteón donde vamos á colocar los nombres, ya que no las cenizas, de Cervantes, Calderón, Lope de Vega, fray Luis de León, Murillo, Garcilaso, Santa Teresa de Jesús, Ribera, Tirso de Molina, Alarcón, etc., etc. Y lo que es mas sorprendente, acudimos llenos de fe y de entusiasmo, sin vanidades ni miserias, á contribuir como buenos arquitectos los unos, y los otros como simples jornaleros, pero deseosos todos de que los esfuerzos colectivos den por resultado lo propuesto por Castro.

¿Pararán aquí las descabelladas é insustanciales empresas de los tertulios de Cruzada? ¿Que si quieres! Apuesto á que la noche menos pensada se nos viene uno de ellos con las bases de una sociedad de socorros mútuos de escritores y artistas; ó á que la sociedad de autores dramáticos, nuevo Lázaro, arroja, á la voz de otro muchacho de voluntad firme, la pesada losa que la cubre, y echa á correr por esos mundos de Dios; ó, en fin, á que un cualquiera propone los medios de convertir en nobilísima y lucrativa profesión al par, lo que hoy apenas merece el nombre de oficio menudo.

Basta por hoy. Y ahora perdona tú ¡oh amada sombra! el tono de amarga expresión de estos renglones, dictados por el desden que me inspiran esas gentes descreídas que, después de abandonar á los hijos mas ilustres de la nación, prefiriendo lo extraño á lo propio, no porque siempre sea mejor, sino por ser extraño, los calumnian y los injuria, escarneciendo sentimientos á cuya altura no pueden ellos elevarse desde la ruindad de los suyos.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

### UN CAPRICHIO DE ALENZA.

En este número damos el grabado de uno de los caprichos de Alenza, notable artista, cuya biografía daremos oportunamente á conocer con algunos de sus cuadros de género. En ellos se distingue por la expresión que ha sabido dar á sus discípulos.

### EL CARDENAL ANTONELLI.

En las inmediaciones de Terracina hay en una alta montaña una aldea llamada Sonnino, situada en la roca como el nido de una águila. Todo el país alrededor es la patria de los bandidos romanos y ningún pueblo italiano había producido tantos ladrones como Sonnino. La policía de la época francesa, Pio VII y Leon XII adoptaron contra este pueblo las medidas mas rigurosas, y gracias á ellas hoy puede pasar por medio honrado.

En este pueblo nació el cardenal Jacobo Antonelli en 2 de abril de 1806, es decir, en la época en que los bandidos mas pululaban por los alrededores. Pronto, pues, la policía francesa en su activa persecución, se encontró en relaciones con la familia de Antonelli. Esta, de noble alcurnia y que contaba entre sus miembros profesores de historia y de derecho, había venido muy á menos. Su padre fue en un principio leñador, ejerció después el cargo de celador y últimamente fue recaudador de impuestos de la feligresía. Jacobo Antonelli marchó en su primera juventud á Roma y fue admitido en un seminario. En breve se distinguió entre la mayor parte de sus condiscipulos, y perfeccionados sus estudios, no tardó en recibir las órdenes sagradas, camino que le abría la puerta para los mayores empleos, y que recorrió con éxito. Gregorio XVI tan luego como subió al trono en 1831 le promovió sucesivamente á los cargos de prelado, juez y delegado de una provincia. Después de haber gobernado á Viterbo, Macerata y Orvieto, fue llamado á Roma en 1841 donde ejerció empleos aun mas importantes, siendo nombrado primero subsecretario en el ministerio del Interior, luego tesorero y después ministro de Hacienda.

No fue menos favorecido por Pio IX que por su antecesor. Uno de los primeros actos de Pio IX fue elevar á Antonelli al cardenalato. En esta época de su vida el nuevo cardenal pasaba por hombre de ideas liberales y trataba de merecer este nombre. Como presidente de la consulta de Estado él era el que proponía los proyectos de reforma para corregir los diversos abusos, y su popularidad creció por la parte que tuvo en las tareas de la comisión que presentó el proyecto de constitución en 14 de marzo de 1848. En este mes aceptó la presidencia

de un ministerio en el cual figuraban tres seculares y bajo su administración se verificó la expedición de las tropas romanas á las órdenes del general Durando contra los austríacos. Este fue el paso mas avanzado de Antonelli en su carrera política: desde entonces comenzó á retroceder, las tropas romanas se retiraron declarándose que no podía Su Santidad hacer la guerra á una potencia católica. El fue quien dió el plan del ministerio Rossi, y cuando la catástrofe de la muerte de este ministro, huyó con Su Santidad á Gaeta, donde nombrado cardenal secretario de Estado, dirigió las negociaciones para la intervención de las potencias católicas. Desde entonces el cardenal Antonelli ha seguido dirigiendo los consejos del gobierno pontificio. Es en su persona alto, grueso, de facciones hermosas y aspecto magestuoso. Hoy se le supone mas afecto á las opiniones de Austria que á las que representa Francia, y el resultado de la última guerra de Italia hace creer que será reemplazado por otro cardenal mas adicto á la política francesa.

### CANTINELA.

*Hechicera ingrata  
Desde que te ví  
Marte no me mata  
Pero amarte sí.*

Mañanita oliente  
Del risueño abril  
Cuando el sol naciente  
Comenzó á lucir.

Por el Buen Retiro  
Mudo te seguí,  
Mudo, si un supiro  
No te habló por mí.

Desde entonces ingrata  
Desde que te ví  
Marte no me mata  
Pero amarte sí.

La del negro velo  
Gala de Madrid  
No cobija el cielo  
Talle tan gentil.

Yo de Italia y Flandes  
Vencedor volví  
Y en tus ojos grandes  
Prisionero fui.

Desde entonces ingrata  
Desde que te ví  
Marte no me mata  
Pero amarte sí.

Noche de verbena  
Junto á San Fermin  
Te mintió su pena  
Rondador feliz.

Labios te obligaron  
Que obligaron, ví,  
Ojos que lloraron  
Cuando hablar te oí?

Desde entonces ingrata  
Pues tu amor perdí  
Marte no me mata  
Pero amarte sí.

G. A. VIEDMA.

El señor don Julian Saiz Milanés nos dirige una comunicación manifestándonos que su hermano político don Carlos Luis de Ribera, pintor de historia, no ha estado encargado de la pintura de las vidrieras de San Gerónimo, como equivocadamente ha dicho nuestro amigo y colaborador don Juan de Dios de la Rada y Delgado, en su artículo sobre *San Gerónimo del Paso*, inserto en el número último.

«Lo único que se le encargó, dice el Señor Milanés, fue un cuadro grande para la mesa de la sacristía, representando una virgen de tamaño natural con San Francisco y Santa Isabel, nombres de los reyes, bajo cuya protección se restauraba el templo de San Gerónimo.» El señor Milanés nos añade que su hermano el distinguido pintor señor Ribera tiene hecho ya el boceto de este cuadro.

Aprovechamos la oportunidad de esta rectificación para decir que en el excelente artículo del señor Rada se cometieron algunas erratas de imprenta. En la columna 4.<sup>a</sup> línea 22 dice *al dirigirse aquello delante* debiendo decir *al dirigirse los amantes del arte*; y en la línea 53 en vez de *del mágico y el fantástico* debe leerse *el viajero y el artista*.

(1) Según nuestras noticias, en el invierno próximo venidero volverán á celebrarse reuniones literarias en casa del señor Cruzada Villaamil.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

Segun ha anunciado el telégrafo, deben de haber terminado ó estar á punto de terminarse las conferencias de Zurich, y si es verdad lo que se cuenta, terminan de una manera inesperada. Lo inesperado y lo imprevisto juega un gran papel en los sucesos que pasan de algun tiempo á esta parte. Primero el emperador de los franceses anuncia que va á dar la libertad á Italia: todos los hombres políticos se miraron asombrados. Despues, cuando se iba creyendo y esperando en todo lo que creen y esperan los que se dejan llevar de sus deseos ó ilusiones, viene á sorprender á Europa la paz de Villafranca. Ultimamente, cuando se presumia que las conferencias de Zurich iban á durar mucho tiempo, el telégrafo anuncia de repente su terminacion.

¿Cómo han terminado? Segun el telégrafo la cuestión de límites de Lombardia ha quedado resuelta entre los plenipotenciarios austriaco y francés, y luego el piamontés ha dado su adhesión; pero las demás cuestiones, y especialmente la de los ducados italianos, se han dejado para que las traten directamente los gabinetes de Paris y Viena.

Entre Paris y Viena se arreglará lo concerniente al gobierno é instituciones que han de tener Toscana, Módena y Parma, á la formación de la confederación italiana y demás puntos que no se han tratado en Zurich. Entre tanto las Asambleas nacionales de estos Estados se han reunido el 14 de agosto y acordado declarar destituidos á sus duques. Este acuerdo se ha tomado por unanimidad en votación secreta. Garibaldi, que ha renunciado el mando que ejercía en el Piamonte, ha pasado al servicio de los Estados confederados del centro de Italia, los cuales han formado un ejército que constará de unos cuarenta mil hombres. Bolonia y su territorio siguen apartados de la obediencia del Papa y manifestando su deseo de agregarse á los Estados inmediatos, no obstante los anatemas del cardenal Antonelli. Decíase que este cardenal, cuyo retrato y biografía damos en el presente número, iba á ser pronto relevado de su puesto de ministro de Relaciones Exteriores. Para la presidencia del consejo de Estado en Roma, se designaba al cardenal Di Pietro. Veremos si de este Pietro se puede decir también *tu es Petrus, et super hanc petram...* etc.

Los grandes calores de este año han desarrollado en algunos puntos de Europa la afección cólera. En varias poblaciones de Alemania, la enfermedad hace estragos considerables; y entre nosotros en Murcia, Orihuela, Cartagena y ciertos pueblos del litoral del Mediterráneo, se ha presentado también con intensidad; pero segun las últimas noticias va desapareciendo, merced á un cambio favorable de temperatura. De temer es, como ya hemos dicho, que si el otoño amortigua su acción, la veamos reaparecer en el año inmediato cuando vuelvan los calores. Algunos médicos han sostenido que la enfermedad de Murcia y Orihuela no es realmente el cólera, sino una fiebre que toma su forma, efecto de las emanaciones perniciosas de las acequias de aquel país, poco abundantes de agua en esta época de sequía; pero si no es el cólera, por lo menos mata como el cólera. La sequía ha sido tan general en el verano actual en Europa, que los habitantes de Viena viendo bajar y mas bajar las aguas del Danubio, temen que dentro de poco no van á tener agua sino en el vino y en la leche. Nosotros hubiéramos tenido este año á nuestra disposición la corriente del Lozoya, si la presa nos hubiese salido sin filtraciones. Pero es desgracia que cuando uno llega á juntar un gran caudal, de agua ó de cualquiera otra cosa, se le ha de filtrar por alguna parte.

El tesoro español ha tenido también en estos días dos filtraciones, una en Lugo y otra en Madrid: se han descubierto dos grandes agujeros por donde se han marchado como de la presa del Lozoya, no sabemos cuantos millones de reales. El gobierno ha tomado con este motivo las providencias convenientes para establecer en buen terreno los estanques de agua y los estancos y depósitos de fondos, á fin de que nuevas filtraciones no vengán á dejarnos con la boca abierta y la lengua pegada al paladar. Verdad es que en estos tiempos de sequía se abren grietas



EL CARDENAL ANTONELLI.

tas fatales lo mismo en los terrenos que en las conciencias, y por donde menos se piensa, por allí suelen irse las aguas y los dineros.

Ya que hablamos de obras públicas, esta es la ocasión de tratar del gran monumento elevado en la Red de San Luis, junto á la fuente: monumento destinado también á operaciones de aguas. Aludimos á la columna mingitoria. Se ha creído por algunos que no era aquel un sitio oportuno para colocar la columna: á nosotros sin embargo nos parece el mas á propósito por dos razones potísimas: 1.<sup>a</sup> porque los aguadores necesitan también desaguar y deben tener cerca desagüadero; 2.<sup>a</sup> porque esta clase de aparatos en ninguna parte pueden estar mejor que junto á las fuentes de aguas puras, desde las cuales pueden dirigirse á ellos conductos que los purifiquen y conserven aseados. Aconsejariamos por tanto al ayuntamiento que cerca de cada fuente levantara una columna mingitoria. Sin embargo, preciso es confesar que la que se ve en la Red de San Luis no debe servir de modelo para las demás: el *mingitor* está allí demasiado espuesto á la espectación pública: inconveniente que podría haberse evitado con un poco mas de coste.

Se ha presentado un nuevo plan, no sabemos si es vigésimo ó trigésimo, para las obras de la Puerta del Sol. El último á que debían sujetarse las futuras obras, daba á la Puerta del Sol la figura de un *Largo*; el nuevo plan le da la figura de un arco de círculo cuya cuerda será la acera de Correos. Dicen que así quedará el sitio mas bonito; lo cierto es que á la autoridad debió gustarle tanto el tal plan, que mandó inmediatamente proceder á... señalar con estacas y jalones el arco que la magna fábrica ha de describir. La otra noche desembocábamos por la calle de Alcalá y vimos el resplandor de varias antorchas.---¿Qué significa esta novedad? preguntamos:-- Es, nos dijeron, que se van á señalar los solares con arreglo al nuevo plan adoptado para las obras que Dios mediante se han de ejecutar aquí.---¿Y por qué se trabaja de noche?---Para ganar tiempo. En efecto, el tiempo es oro, y la autoridad ganó una noche mandando proceder al señalamiento y demarcación de los terrenos á la luz de las antorchas. Al día siguiente pasamos por allí creyendo que se estaban ya abriendo los cimientos de los nuevos edificios: pero en vez de trabajadores encontramos los acostumbrados ociosos buscando la sombra. Entonces comparamos los trabajos ejecutados con la inercia de aquellos ociosos y vimos que se parecían los unos á los otros en lo de bufr del sol. Hacerle al sol una puerta es sin duda mas difícil de lo que parece; además

de que mientras no se invente un plano inmejorable, no debemos apresurarnos á ejecutar las obras. Cuando al plano actual haya sucedido otro que convierta la plaza en otra figura geométrica mas perfecta, veremos por la noche nuevas antorchas y nuevos trabajadores variando á toda prisa la posición de los jalones y palos: y de variación en variación nos iremos acercando cada vez mas al tipo mas perfecto de una Puerta del Sol, de que el sol no tenga que avergonzarse. Mientras tanto, buenos es que se trabaje de noche.

Algo mas que la Puerta del Sol adelantan los trabajos en el teatro de la Cruz. Sin embargo hay que notar que el teatro de la Cruz se está derribando, y el derribar es siempre mas fácil que edificar. Este teatro se construyó tres años antes que el del Principe, en 1579. Era entonces un corral á cielo descubierto con gradas y corredores. La escena se formaba de cortinas, menos en las comedias de espectáculo en que habia bastidores y telones. La función comenzaba á las dos de la tarde y concluía á las seis ó antes; y como la escena estaba siempre abierta, para entretener al espectador entre una jornada y otra se representaban los famosos entremeses que tan del agrado eran de aquel público respetable. En este teatro se representaron las obras mejores de los insignes dramáticos de los siglos XVI y XVII Lope de Vega, Calderon, Rojas, Alarcon, Moreto, etc. La musa española produjo allí al aire libre sus mejores obras; pero en 1743 cuando se la obligó á presentarse bajo techo por haberse techado el teatro, decayó de una manera notable: lo que prueba que las musas necesitan aire y luz.

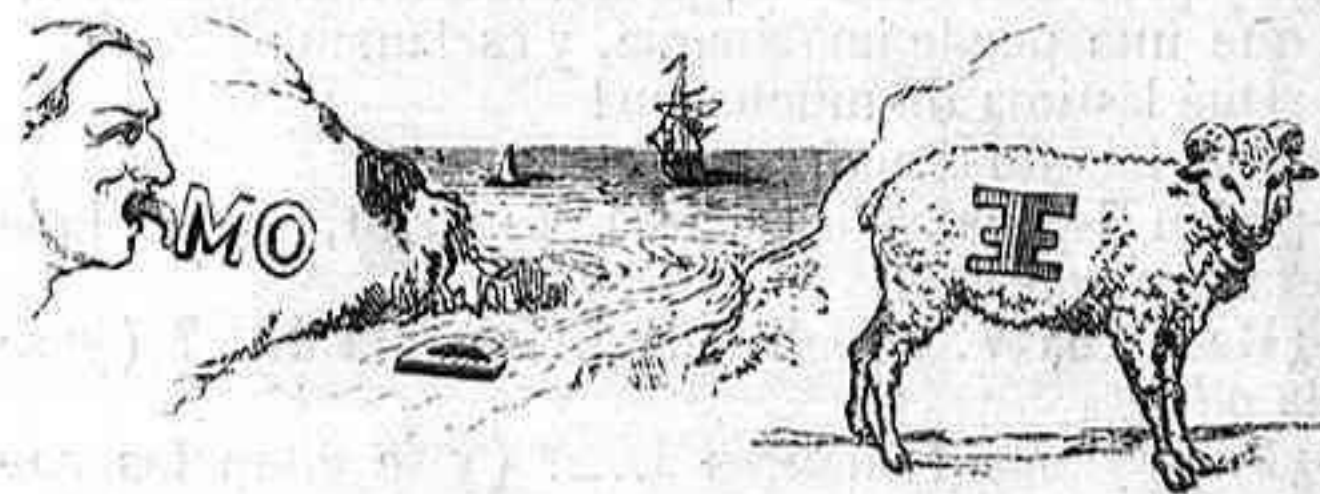
En 1747 el teatro de la Cruz fue reedificado á expensas del ayuntamiento. La época era de imitación francesa; debió servir sin duda para esta reedificación algun modelo francés: hoy *veremos* (tal vez esta sea una hipébole) lo que se le sustituye.

Los teatros comenzarán en breve sus funciones. La zarzuela prepara una idem arreglada del francés: *naus verrons*; Novedades saldrá de su letargo; Valero dicen que toma el Circo y representará en él con la Teodora; la Matilde dará funciones sueltas. Del teatro de Oriente nada definitivo.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## Geroglífico.



La solución en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y LÓPEZ.— EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1859.